

Sexualidad y clase: contra la cultura como expresividad La distinción moral en la sexualidad y afectividad de jóvenes montevidianos.

Gandolfi, Fernanda.

Cita:

Gandolfi, Fernanda (2020). *Sexualidad y clase: contra la cultura como expresividad La distinción moral en la sexualidad y afectividad de jóvenes montevidianos*. *Etnografías Contemporáneas*, 6 (11), 8-35.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/fer.gandolfi/4>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pWEX/8cs>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Sexualidad y clase: contra la cultura como expresividad

La distinción moral en la sexualidad y
afectividad de jóvenes montevideanos



por **Fernanda Gandolfi**

Universidad de la República, Uruguay
orcid.org/0000-0002-4683-0072
fer.gandolfi@gmail.com

RESUMEN

El objetivo de este artículo es mostrar los modos en que las condiciones de clase y de género se entrecruzan y constituyen moralidades diferenciales en las trayectorias afectivas y sexuales de los jóvenes. Se entiende a lo afectivo-sexual como una esfera de la subjetividad indisoluble de las condiciones sociales en las que se encarna, que a la vez es actuada y negociada por los sujetos a medida que sus trayectorias se desenvuelven. Las principales conclusiones intentan establecer que los discursos sobre afectividad y sexualidad están mediados por las trayectorias y performances de clase y de género. En los discursos de lxs jóvenes aparecen distinciones morales a las que es deseable amoldarse para distinguirse de otrxs. En ciertos jóvenes con un mayor capital social y político asociado a la militancia estudiantil, esta moral y práctica de sí –en términos de Foucault– está asociada a una búsqueda hedonista de las experiencias que tiene en muchos casos finalidades políticas. En otrxs, esta moral y práctica de sí trabaja en favor de distinguirse de contextos sociales desfavorecidos o proyectos vitales trunco.

Palabras clave: *Jóvenes, sexualidad, género, clase social, moralidades.*

Sexuality and class: against culture as expressiveness. The moral distinction in the sexuality and affectivity of young people from Montevideo

ABSTRACT

The purpose of this article is to show the ways in which class and gender conditions intersect and constitute differential moralities in affective and sexual trajectories of young people. The affective-sexual is understood as a sphere of inseparable subjectivity of the social conditions in which it is embodied, which at the same time is acted



and negotiated by the subjects as their trajectories unfold. The main findings seek to establish that discourses on affectivity and sexuality are mediated by class and gender trajectories and performances. In the youth's discourses there are moral distinctions to which it is desirable to adapt to distinguish oneself from others. In certain young people with greater social and political capital associated with student activism, this morality and self-practice - in terms of Foucault - is associated with a hedonistic search for experiences that in many cases has political purposes. In others, however, this morality and self-practice works to distinguish itself from disadvantaged social contexts or truncated vital projects.

Keywords: *Young people, sexuality, gender, social class, moralities.*

RECIBIDO: 29 de junio de 2019

ACEPTADO: 31 de enero de 2020

CÓMO CITAR ESTE ARTÍCULO: Gandolfi, Fernanda (2020) "Sexualidad y clase: contra la cultura como expresividad. La distinción moral en la sexualidad y afectividad de jóvenes montevidianos.", *Etnografías Contemporáneas*, año 6, N° 11, pp. 8-35.

Introducción

Una vez que se comprenda el sexo en términos de análisis social e histórico, será posible una política sexual más realista.

Gayle Rubin (Rubin, 1989: 15)

Este artículo surge de una investigación antropológica que tuvo como objetivo indagar sobre los discursos, prácticas e imaginarios de la sexualidad de jóvenes uruguayxs, teniendo en cuenta las diferencias relativas a las especificidades de género, socioculturales, lugar de residencia y nivel socioeconómico.¹ Se consideraron además las experiencias reproductivas que podían derivar de las prácticas sexuales. Se puso especial atención a realizar una reconstrucción de sus trayectorias afectivo-sexuales entendiéndolas como moldeadas por una socialización sexual. El presente artículo comprende una de las vertientes de esa investigación, y se centrará principalmente en mostrar cómo la dimensión

1 Este proyecto de investigación titulado "Trayectorias afectivo-sexuales de adolescentes uruguayos" se enmarca en un proyecto mayor financiado por la Comisión Sectorial de Investigación Científica de la Universidad de la República de Uruguay, titulado "Entre el matrimonio igualitario y la reproducción asistida. Cuerpos sexuados, sexualidad y reproducción en el Uruguay del siglo XXI". Forma parte del desarrollo investigativo del Programa Género, Cuerpo y Sexualidad de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Sobre la presente investigación, el trabajo de campo fue realizado por Valentina Gómez, Emilia Calisto y Fernanda Gandolfi. Posteriores análisis fueron hechos por Susana Rostagnol – coordinadora del proyecto–, Emilia Calisto y Fernanda Gandolfi. Este artículo es una elaboración propia sobre la base de los análisis e instancias de intercambio que se han venido y se vienen desarrollando en conjunto con las investigadoras antes mencionadas.

afectiva y sexual de lxs jóvenes está íntimamente atravesada por moralidades de clase. El material empírico primordial son los discursos de lxs jóvenes en las entrevistas que realizamos y las conversaciones cotidianas que mantuvimos con ellxs. También se consideran en el análisis algunas instancias de observación participante durante los contactos mantenidos y actividades educativas puntuales realizadas con ellxs.

El universo de sujetos involucrados fueron jóvenes de entre 15 y 19 años, pertenecientes a dos instituciones educativas públicas de la ciudad de Montevideo.² Por un lado, una institución de enseñanza secundaria a la que llamaremos Instituto Muñoz.³ 4 Por el otro, un centro de capacitación técnica básica dirigida a jóvenes con rezago escolar que identificaremos como Instituto Ibáñez.

Este trabajo se propone comprender las moralidades que circulan y son producidas en los universos simbólicos de estxs jóvenes en relación con el impacto que tienen en la conformación de sus trayectorias afectivas y sexuales. Se propone que dichas moralidades radican en los condicionamientos y *performances* de clase que se hacen evidentes en ambos universos. Se realizó un repaso de sus trayectorias afectivas y sexuales, y a partir de allí se señala que en ellas, las elecciones que aparecen tienen elaboraciones morales vinculadas a aspiraciones de clase. Estas elaboraciones son hechas por los mismos protagonistas en función de un “estilo de vida” que desean llevar a cabo, de propósitos que son deseables y de escenarios que son rechazados. Mary Douglas (1998: 92-93) mencionaba sobre el concepto de “estilo”, la necesidad de incorporarle la idea de que la cultura actúa como forma de dictar gustos, y que por lo tanto las decisiones nunca son neutrales; son en sí mismas rechazos u hostilidades a otras posibilidades. Lo que se intenta establecer es que en las decisiones afectivas y sexuales de lxs jóvenes interfiere la intención de elaborar una moral y una práctica de sí (Foucault, 2011: 31-32), en la que la clase es productora de sentido. Y es en esta línea que puede considerarse a los hechos sexuales como hechos sociales comprendidos dentro de otros (Bozon y Giami, 1999: s. p).

Metodología y descripción del universo empírico

El trabajo de campo de esta investigación fue realizado durante los años 2015 y 2016. La metodología fue la de un enfoque etnográfico que implicó la utilización de técnicas como la observación participante y la realización de entrevistas

2 Los nombres de cada entrevistadx han sido suplantados por nombres ficticios.

3 En el sistema de enseñanza uruguayo existe la educación formal y no formal. La formal incluye los niveles: inicial, primaria, educación media o secundaria, educación superior o terciaria. La no formal incluye varios programas de aprendizaje tendientes a satisfacer objetivos educativos específicos para personas jóvenes y adultas. El Centro de Capacitación Técnica incluido en este trabajo de campo está comprendido dentro de este segundo formato, aunque en paralelo a dicha cursada se pueden realizar dentro del mismo establecimiento los contenidos correspondientes la educación formal secundaria, impartido en un tiempo más corto que el tradicional.

4 Los nombres de ambas instituciones educativas han sido reemplazados por seudónimos para preservar la confidencialidad y el anonimato.

en profundidad. La observación fue llevada a cabo en ambas instituciones educativas, tanto en las escalinatas y puertas de entrada de los recintos como en patios o salones. En ellas se puso foco en captar el uso del cuerpo y del espacio por parte de lxs jóvenes, así como sus performances estéticas y discursivas. En las instancias de entrevista se indagó sobre las características de sus núcleos familiares; consultando sobre intereses religiosos, políticos y nivel educativo alcanzado por los padres y madres, con el objetivo de conformar un panorama más profundo en relación con las trayectorias individuales. Muchas entrevistas se realizaron en modalidad grupal, con dos, tres y cuatro jóvenes a la vez, y algunas otras de manera individual. En ellas se procuró el mantenimiento de una conversación abierta pero con el objetivo de repasar su trayectoria afectiva y sexual. Se conversó sobre sus experiencias sexuales concretas, como la iniciación sexual, el consumo de pornografía y la práctica de la masturbación. También de sus relaciones afectivas y sobre con quiénes compartían sus inquietudes, dudas o sentires sobre sexualidad.

El acercamiento se hizo recorriendo las puertas de los lugares e intentando establecer conversaciones con lxs jóvenes, contándoles de qué se trataba la investigación que estábamos llevando a cabo. Con permiso de las instituciones, ingresamos en los patios y recorrimos los pasillos y salones. Así fuimos conociendo a lxs jóvenes y estableciendo vínculo con ellxs. Las instituciones educativas fueron elegidas por representar una distancia territorial dentro de Montevideo acorde a la necesidad de encontrar niveles socioeducativos y socioeconómicos distintos.

Las instituciones educativas

El caso del Instituto Muñoz es el de un centro educativo público de enseñanza formal, donde se cursan los últimos tres años del bachillerato.⁵ Casi la totalidad de quienes entrevistamos aquí tenían la edad correspondiente al nivel académico que cursaban, hecho que los hace tener una trayectoria con algo más de “institucionalización” educativa que lxs jóvenes del otro grupo. La mayoría provienen de familias con padres o madres con niveles educativos universitarios, y con un perfil intelectual e ideológicamente vinculado a ideas progresistas y tendencias de izquierda; y con una acumulación de capital social y político. El establecimiento educativo al que pertenecen estxs jóvenes es una institución históricamente ligada a un movimiento estudiantil fuerte, caracterizada por estar incorporada en luchas sociales como ocupaciones y desde donde ha surgido un gran activismo juvenil.^{6 7} Entre algunos salones, visitamos el aula del centro de estudiantes, dónde lxs jóvenes se reúnen para las asambleas. Está pintado, dibujado y escrito en sus paredes con diversas frases, imágenes e insignias que aluden a consignas

5 Este centro educativo está ubicado en un barrio céntrico de Montevideo, a dos cuadras de la principal Avenida de la ciudad.

6 Ocupación por parte del estudiantado de las instalaciones de la institución educativa con motivo de alguna reivindicación o reclamo colectivo.

7 El bachillerato son los últimos tres años de la educación secundaria y comprende a jóvenes entre las edades de 15 a 19 años.

políticas en referencia temáticas como el feminismo, la campaña de “No a la baja” o símbolos anarquistas.⁸

En la mayoría de lxs jóvenes entrevistadxs había un interés constante en la temática de diversidad sexual y de género. La militancia adquiere un lugar central en esta institución, incluso más allá de ser parte del centro de estudiantes. Hoy día, para muchxs de estos jóvenes el activismo está íntimamente ligado a la diversidad sexual.⁹

Sus consumos musicales estaban vinculados a un gran espectro que incluía géneros como el rock and roll, el pop, el jazz y el hip hop. Varixs de lxs jóvenes asumían abiertamente el consumo de marihuana, tabaco y alcohol. Sus formas de vestirse incluían ropas holgadas con varias combinaciones de colores, pelos teñidos de colores diversos y peinados con un costado de la cabeza rapada al raz, el uso de rastas, pelo largo en algunos varones y corto en algunas mujeres. También el uso de aros en nariz, orejas o la boca por parte de mujeres y de varones. De la totalidad de lxs jóvenes con lxs que estuvimos en contacto, ningunx tenía trayectorias laborales en sus experiencias, ni la planificación de una inserción laboral a corto plazo.

El caso del Instituto Ibáñez es el de un Centro de Capacitación Técnica Básica.¹⁰ Es un centro público destinado a jóvenes de entre 15 y 20 años que no estén estudiando ni trabajando, y se encuentren en lo que, desde la política pública se denomina situación de “vulnerabilidad social”. En efecto la institución está dirigida a jóvenes de escasos recursos con rezago o desvinculación educativa. El objetivo es formarlos en habilidades básicas dirigidas a la inserción laboral de oficios como peluquería, cocina o construcción. Dado que la institución implica una carga de doble jornada, la mayoría no pueda trabajar durante el año y medio en que cursan el taller laboral y el contenido educativo correspondiente a secundaria. Estxs jóvenes desayunan, almuerzan y meriendan en la institución y hasta cumplir la mayoría de edad (18 años) reciben boletos gratuitos para el transporte público. Además muchxs de ellxs reciben una beca económica mensual con fines educativos brindada por el Ministerio de Educación y Cultura. Uno de los principales objetivos de la institución tiene que ver con la búsqueda de una inserción o acercamiento al mundo del trabajo, lo cual se ve fomentado por pasantías laborales a las que pueden acceder en el semestre previo o siguiente a egresar.

Muchxs de ellxs tenían experiencias laborales ya sea en la informalidad o en trabajos ocasionales, en general vinculados al área de servicios. El trabajo aparecía en sus relatos al margen de que preguntáramos o no por él. Estxs jóvenes también hablaban del consumo de tabaco, marihuana y alcohol. En relación con los gustos musicales escuchaban géneros como trap, cumbia, hip hop, reggeaton y géneros en el espectro de la música tropical. Sus vestimentas incluían el uso de

8 “No a la baja” fue el slogan que asumió la Campaña Nacional que se opuso a bajar la edad de imputabilidad en el Uruguay, de 18 a 16 años de edad, llamando a no votar dicha iniciativa. El plebiscito se celebró en el 2014 junto a las elecciones presidenciales y parlamentarias en el país, no alcanzando los votos suficientes para aprobarse. Estudiantes de secundaria se movilizaron y tuvieron un rol muy activo en la campaña.

9 En Uruguay se habla de diversidad sexual para referirse a población LGBTIQ.

10 El instituto Ibáñez se encuentra ubicado en un barrio a 30 minutos del centro de la ciudad, y cerca de dos importantes Avenidas, lo cual facilita el acceso de estudiantes que vienen de barrios populares de Montevideo.

zapatillas deportivas de conocidas marcas, pantalones vaqueros más ajustados al cuerpo y no tan holgados, gorros con visera, y también el uso de aros en el rostro. Los cabellos también teñidos de colores en algunos casos y cortes con algunas zonas de la cabeza rapadas al raz.

La sexualidad como un hecho social: un sistema de denominaciones que alude a la clase

La sexualidad ha estado ligada a la clase en todo momento. Desde varias ópticas disciplinares puede observarse el proceso histórico a través del cual la actividad sexual ha servido para marcar diferencias entre sectores sociales. Ya sea desde una moral burguesa que desea desligarse de los comportamientos *promiscuos* de las clases inferiores (Weeks, 2000: s. p) hasta los patrones reproductivos de familias pobres asociados a una conducta *espontánea e imprudente*, el espectro da cuenta de la intrínseca relación entre clase y actividad sexual.

A pesar de las diversas perspectivas que pueda tomar el concepto de *clase*, no hay dudas de que es un fenómeno condicionante que tiene efectos concretos a la hora de determinar las potencialidades y limitaciones en la vida de las personas. En este caso, las vivencias de estxs jóvenes fueron abordadas desde el lente analítico que entiende a la clase como una dimensión constituida por la experiencia (Thompson, 2002: 1-2), en tanto y en cuanto son los propios individuos los que *hacen* a la clase. Este *hacer* toma relevancia en términos de una lucha por recursos y formas de ser (Skeggs, 2002: 7).

Por lo tanto, la perspectiva que aquí se toma implica un enfoque holístico de la clase (Adamovsky, 2007: s. p). Las pautas de consumo, las relaciones de género, las jerarquías étnicas y raciales, las transformaciones estéticas, la creencia y la religiosidad como modelos de gestión de la subjetividad y las luchas por la ciudadanía y nacionalidad, entre otros factores, pueden comprenderse hoy como una lucha de clases, o como disputas en las que la clase se encuentra solapada. Proponemos que algo similar sucede con la sexualidad y la afectividad de estxs jóvenes. La dominación de clase implica la contienda por clasificaciones sociales que operan de modo jerárquico en la práctica.

Aquí es donde la moralidad como campo de significados entra en juego. La moral puede ser definida o sintetizada como un escenario de disputas en donde lxs individuxs utilizan ciertos criterios valorativos para describirse a sí mismxs y a lxs demás en referencia a lo que está bien y lo que está mal (Noel, 2013: s. p). A partir de estos criterios no solo se construye identidad gestionando diferencias y semejanzas, sino que se movilizan fronteras en donde la identidad y la alteridad son dos caras de una misma moneda (Noel, 2013: s. p).

A lo anterior pueden sumarse los aportes de Foucault (2011: 31-32) sobre la experiencia moral que supone el comportamiento sexual, o mejor dicho, cómo la primera va constituyendo la subjetividad de las personas en función de la segunda. Para Foucault la moral puede entenderse como

(...) un conjunto de valores y reglas de acción que se proponen a los individuos y a los grupos por medio de aparatos prescriptivos diversos (...) lejos de formar un

conjunto sistemático, constituyen un juego complejo de elementos que se compensan, se corrigen, se anulan en ciertos puntos, permitiendo así compromisos o escapatorias (...) Pero por moral entendemos también el comportamiento real de los individuos, en su relación con las reglas y valores que se les proponen (Foucault, 2011: 31).

El autor también define la “moralidad de los comportamientos” como ese nivel en el que lxs individuxs se relacionan con esas reglas y valores, y el margen de maniobra que tienen para realizar variaciones en sus conductas en relación con dichas reglas. Como lo señala Foucault, hay un trabajo ético y una elaboración que la persona realiza sobre sí misma para que su comportamiento se adecue a cierta regla pero también para el intento de una transformación personal que lo/la convierte en un sujeto moral de su propia conducta (Foucault, 2011: 31-32).

A efectos de operacionalizar el concepto de moralidad, se entiende que esta moralidad de los comportamientos afectivos y sexuales tiene elaboraciones específicas que pueden interpretarse a partir de las condiciones de clase de lxs jóvenes, y en las que la clase es *hecha*. En todos los casos aparece una necesidad de distinción que, a través de los relacionamientos afectivos y sexuales, contribuye a un proceso identitario en el que lxs sujetxs se posicionan moralmente sobre otrxs.

Por eso, tomar a la clase desde su perspectiva cultural implica entender a la cultura, no como una característica de las personas, sino como una herramienta para problematizar las relaciones sociales, sus variaciones, estabildades y los contrastes que la componen (Hannerz, 1996 en: Grimson y Semán, 2005: 6). Desde una óptica antropológica es ese el sentido que interesa darle a la clase como herramienta de análisis.

Ortner ha sugerido que la clase no se distingue de otras estructuras por ser más “material”, pues todas las estructuras de dominación son a la vez materiales y culturales (Ortner, 2016: 39). Sin embargo, es “real” en el sentido de que pueden observarse los condicionamientos que impone. En este sentido, es clave entender que los discursos de sexualidad de lxs jóvenes están atravesados por la compleja configuración de múltiples condicionamientos que recaen en sus trayectorias, y que a su vez son reconfigurados por ellxs mismxs, lo que termina otorgando sentido a sus realidades.

Como lo señala Mario Pecheny, los papeles de género y de clase son, por un lado, esperados en la medida en que “incluyen deberes y trasgresiones autorizadas”, pero también son resistidos y transformados: “Ambos papeles están imbricados: implican alianzas posibles, círculos sociales accesibles o no, terrenos vedados o problemáticos. Ambos papeles son indisociables (...) Los adolescentes hacen su historia, pero no en condiciones elegidas por ellos” (Pecheny, 2010: 11).

Por eso, el concepto de *guiones sexuales* (Gagnon y Simon, 1973 y Simon y Gagnon, 1986: 19 y 98) ha sido central en esta investigación. Concebir a la sexualidad como una actividad en la que los individuos utilizan su habilidad interactiva da lugar a comprender que la vida sexual de las personas se va gestando durante su socialización. En este sentido la sexualidad supone una esfera específica pero nunca autónoma de la vida humana, por lo tanto los límites de lo que es o no sexual son movedizos (Bozon, 2004: 14). Mediante sus aspiraciones

afectivas y sexuales estxs jóvenes buscan posicionarse socialmente en espacios que les son heredados pero que, al mismo tiempo, ellxs mismxs renuevan con el contenido de su propia *episteme* generacional (Margulis y Urresti, 2008: 3). Y en esas renovaciones constantes también están produciendo sentidos de clase.

Desenvolver estos guiones implica que la conducta sexual se traduce en señales, diálogos y prácticas apropiadas, que se acomodan como un modo de organizar dicho comportamiento y adecuarlo a los escenarios culturales específicos. La sexualidad aparece así como una conducta rutinizada y aprendida. Pero al tiempo que es aprendida, también es modificada; ese aprendizaje nunca se repite de modo idéntico, sino que cada repetición deja una grieta, un espacio en el que es posible incorporar nuevas modalidades de actuar en el escenario sexual. Esta forma de concebir a la sexualidad, y a otras tantas prácticas sociales, también es nutrida desde la noción de *performance*. Pensar las prácticas sociales en términos de performance ha permitido explorar los procesos sociales y culturales a través del estudio de sus aspectos icónicos, corporales, performáticos, volitivos y afectivos; comprendiendo que si bien hay reglas que guían el comportamiento social, simultáneamente a la existencia de dichas reglas también hay un margen de maniobra, manipulación y alteración de las mismas (Bianciotti y Ortecho, 2013: 121). La sexualidad, la afectividad y las condiciones de clase tienen en estxs jóvenes un alto contenido performático en su desenvolvimiento.

Jennifer, una estudiante del centro Ibáñez, relata que los golpes son como un juego de manos que tiene el objetivo de buscar al otro, como un fin estrictamente comunicativo:

Entrevistadora: Y después todo eso que lo veo yo, lo vemos todos, de que se pegan, se...

Jennifer: ¡Ah! ¡Eso siempre! ¡Siempre!

E: ¿Y eso qué es?

Jennifer: Y es pa' buscaaar, para ver si, no sé, yo que sé

E: ¿Para buscar qué?

Jennifer: ¡Para busca!!

E: ¿Un novio, una novia?

Jennifer: ¡Noo! ¡Taaal [ríe]

E: ¿Un pique?

Jennifer: Sí, capaz, a veces

E: ¿Un chongo?

Jennifer: [se ríe] A veces, puede ser sí

E: ¿O para jugar?

Jennifer: A veces sí es para jugar, por ejemplo yo con ellos juego, y por ejemplo con los otros gurises, yo también juego con todos

E: ¿Jugar de manos?

Jennifer: Jugar de manos ¡Claro! Pero, yo juego y judeo¹¹ porque ta me gusta judearlos. ¹² (Entrevista, 18/9/2015).

¹¹ Judear significa molestar o fastidiar.

¹² La palabra "pique" y "chongo" en este contexto significan alguien con quien se mantienen,

En la conquista y el relacionamiento afectivo y sexual de estxs jóvenes hay una vinculación desde lo corporal a través de los golpes, que podríamos denominar burlescos. Hay una búsqueda del otrx con el objetivo de llamar su atención, que apela a un contacto físico que en primera instancia se establece desde el golpe, ya sean empujones, roces corporales o directamente golpes con las manos. Aparece de parte de los varones más activamente, pero también las mujeres lo llevan adelante cuando desean aplicar “rezongos” o correctivos a varones que se pasan de ciertos límites con ellas. El golpe no es necesariamente una violencia ejercida, sino que en este escenario de significados tiene una connotación con un fuerte componente erótico.

Pía, quien concurre al instituto Muñóz, expresa de manera clara su preferencia por actitudes corporales –desde la mirada hasta un empujón– para comunicar intereses eróticos. Los prefiere por sobre declaraciones verbales que considera demasiado invasivas por representar una incursión de su intimidad y un modo ofensivo de aproximarse:

Pía: El tema es ese, yo como que de vez en cuando mantengo una mirada con una persona como diciendo “che, me gustás, espero que te enteres”. Igual no sé si me gusta mucho que me digan cosas. Pero la mirada de última, y depende de la persona. Si a mí me gusta esa persona acepto que me mire, si me queda mirando le meto una cara de orto, y si puedo pecharlo al pasar lo pecho. Pero que me digan algo me perturba demasiado, sea quien sea. Me molesta que se sienta con el derecho y pase inadvertido y digo “¡la puta que te parió!”. (Entrevista, 09/08/2016).

Las lógicas de la sociabilidad sexual de ambos universos de jóvenes dan cuenta de las identidades que deambulan en relación a la clase social. Existe un imaginario sobre el otrx que traza a nivel simbólico las barreras de sus propios mundos de sociabilidad y que influye en el modo en que se relacionan entre sí. En este sentido, lo que resulta interesante para este análisis de lo cultural son los procesos de identificación recíproca (Míguez y Semán, 2006: 12). Lxs jóvenes poseen un sistema de denominaciones que alude a la clase. En él, la clase aparece como una identificación del otro en tanto *forma de ser*, traducida en denominaciones particulares, y relacionada a las vinculaciones de tipo sexual y afectivo, a partir de las cuales se está *produciendo* la clase.

Carlos y Brian, dos varones del Instituto Ibáñez, definen al *cheto* como aquel que trabaja y estudia, y ellos no entran en dicha categoría, a pesar de que actualmente estudien.¹³ El modo de expresarse, las actitudes y decisiones que se toman, las características estéticas, la música que se escucha, son rasgos que definen estas clasificaciones manejadas por lxs jóvenes.

o se desean mantener, relaciones sexuales frecuentes o eventuales, sin el compromiso de un vínculo estable o afectivo.

13 Cheto, proveniente de la palabra *concheto*, suele ser una denominación despectiva hacia personas con una posición socioeconómica favorecida y con comodidades materiales, o en algunos casos a personas que ostentan tener dicha posición.

Definen a un “turro” como alguien que escucha todo el día música reggaetón y habla de un modo raro, utilizando frecuentemente la muletilla “ñeri” como forma de referirse hacia los demás. “Bo, ñeri” es un modo frecuente de llamar la atención de alguien a quien desean hablarle. El “plancha” sin embargo es una categoría que funciona de modo más genérico en la que ellos están incluidos, pero dentro de la que existen distintas formas de ser. Algunas de esas formas las encarnan quienes se sitúan dentro de la ilegalidad como salir a robar, y conseguir dinero para fumar marihuana.

Por su parte, algunos jóvenes del Instituto Muñoz asocian el hecho de mantener relaciones sexuales con una trabajadora sexual, a un comportamiento más vinculado a los denominados “planchas” o “ñeris”, quienes frecuentan el casino y el “putero”.¹⁴ Saben que esta asociación implica una estigmatización y asumen reproducirla, sin embargo les resuena, y vinculan cierta actividad sexual con un universo específico de personas.

Aparece una fuerte asociación entre sectores sociales y comportamientos específicos por parte de lxs jóvenes. Y, si bien esto sucede —en efecto hay mayores niveles de inclusión educativa en jóvenes de clases medias, por poner un ejemplo—, las fronteras trazadas entre lxs jóvenes tiene que ver con los estilos de vida, en los que las prácticas sexuales se incluyen como formas de clasificar al otrx.

Aparece lo que Rubin (1989: 20-22) describe como modos de clasificación de las conductas eróticas dentro de un sistema de jerarquías morales. Sin embargo, en contraste con la propuesta de Rubin, pero alineada con ella, se propone que en los universos de estxs jóvenes, las moralidades sobre prácticas sexuales y afectivas están gestadas en estrecha relación con la clase, y no tanto por lo que significan las prácticas sexuales en sí mismas. La clase aparece aquí como productora de ciertas representaciones de la sexualidad. Prácticas lésbicas, gais y bisexuales son altamente valoradas por lxs entrevistadxs del Instituto Muñoz, ya sea como identidades o como experimentaciones. Este mismo sentido no aparece entre lxs jóvenes del Instituto Ibáñez. El abordaje construccionista de la sexualidad desde el que se indagan sus trayectorias, implica sostener una permanente problematización y distinción entre actos sexuales, identidades y las comunidades en las que se desarrollan (Vance, 1997: 110).

En el caso de lxs jóvenes del Instituto Ibáñez hay una mayor presencia de una matriz heterosexual que no es puesta en cuestión. Desde el nivel discursivo se asume como un horizonte común y como proyecto de vida establecido, al margen de las actividades sexuales que se mantengan. Sobre varones homosexuales, Brian menciona:

Brian: No, a mí no me molestan, mientras no se ponga raro conmigo [se ríe] está todo bien

E: ¿Qué sería que se ponga raro contigo?

Brian: Yo qué sé, no sé, que me diga “ay sos lindo”, que “me gustás”, ahí ya se terminó todo ¡Sabés cómo me levanto y me voy!

14 Prostíbulo.

E: ¿Y si es una amiga mujer? ¿Tenés amigas mujeres?

Brian: Sí (...) ¡Ah ahí sí! ¡¿No me la voy a cargar?! ¡Le llego a decir eso a mi padre! Y mi padre me dice “¡Ah! ¡¿Pero vos sos puto?!” Me va a decir, como mi abuelo me dice, “ah pero vos sos”, cuando era chico me decía “¡Puto!”.
(Entrevista, 22/11/2015).

En este sector hay además una presencia de vínculos de pareja con fuertes controles de los comportamientos, ya sea que el control provenga del varón o de la mujer. El “baile” como espacio de sociabilidad está estrechamente ligado a lo sexual, y en fuerte contraposición al noviazgo, que supone un vínculo relacionado a lo doméstico, la intimidad y lo privado. Estos mundos son incompatibles.

Sin embargo, para lxs jóvenes del instituto Muñóz, el sentido de la heteronorma y la libertad afectiva y sexual es permanentemente problematizado. A diferencia de lxs jóvenes del Instituto Ibáñez, las ideas sobre el noviazgo no aparecen de manera tan clara aliadas al fenómeno de la posesividad. Gabriela y Dante mencionan:

Dante: Sentirlo como noviazgo también abarca posesividad de parte de...

Gabriela: Claro depende también de tu concepto de relación de pareja.

Dante: Con la persona que estoy en este momento es una relación abierta, y estamos con otras personas, no hay posesividad. (...) Creo que dentro de las personas que conozco, las mayorías van hacia o encuentros o parejas estables, pero no casi siempre es una relación abierta porque entran los celos y no está bueno. (Entrevista, 24/06/2016).

En ambos universos hay una clara diferencia en relación con las posibilidades de ser madres o padres. Mientras que para lxs jóvenes del Instituto Muñóz (tanto varones como mujeres) esa realidad está alejada y la desean evitar a todas luces porque, entre otras cosas, interrumpiría sus trayectorias educativas y posibilidades a futuro; en lxs jóvenes del Instituto Ibáñez este suceso es algo más cercano en sus contextos y es afrontado como un evento que si bien requiere asumir responsabilidades asociadas al mundo adulto, la posibilidad de interrumpirlo no está presente en primera instancia; y motiva el despliegue de redes comunitarias y sociales para atravesarlo. No interesa en este análisis conocer los motivos por los que esto sucede, que en todo caso son múltiples, sino comprender cómo son significados por lxs jóvenes.

De cualquier manera, debe resaltarse el efecto de las articulaciones entre la moralidad heterosexual y la clase social como sistemas de diferenciación social que se entrecruzan y constituyen simultáneamente, generando performances particulares.

Algunos señalamientos que hace Blázquez (2012: 64) para el caso de los sectores populares en los bailes del Cuarteto en la ciudad de Córdoba, sirven para comprender un fenómeno similar en el caso de lxs jóvenes del Instituto Ibáñez. Colocarse a sí mismxs en superioridad a identidades sexo-genéricas abyectas e indeseables funcionaba en el entorno de los sectores populares como un modo de acumular posiciones hegemónicas y alejarse de la subalternidad constitutiva de sus posiciones de clase. “Frente a su creciente empobrecimiento

económico, el único capital restante parecía ser su buen comportamiento” (Blázquez, 2012: 64). En lxs jóvenes entrevistadxs en el Instituto Ibáñez, el “buen comportamiento” sexo-afectivo (siempre plegado a normas tradicionales como la monogamia heterosexual) surgía habitualmente en sus relatos.

El procesual elenco de las “primeras veces”

El debut sexual es un fenómeno central en las experiencias sexuales y es entendido como un mojón en las trayectorias vitales, que marca, junto con otros factores, la transición hacia la adultez (Bozon, 2004; Jones, 2010; Heilborn *et al.*, 2006; Amuchastegui, 2001: 15; 214; 187 y 132). Sin embargo, esta idea se ve complejizada por parte de algunxs autorxs que proponen entender la iniciación sexual de un modo más procesual que iniciático (Grimberg, 2002, Jones, 2010, Heilborn *et al.*, 2006: 54-55; 229-232 y 199-200). Dicho evento no sería tanto un mojón sino más bien un desarrollo en el que se experimentan diversos acercamientos a prácticas e interacciones sexo-eróticas. Este abordaje procesual de la iniciación sexual implica que previamente al llamado “debut” –que en la mayoría de los casos implica un acto penetrativo– se producen una serie de actividades eróticas previas (Jones, 2010: 229) que la persona transita, pero que no necesariamente derivan en una relación sexo-coital (aunque puedan hacerlo).

Sin embargo, esta mirada procesual no implica que “la primera vez” no sea significada por muchxs jóvenes como un hito que se destaca por encima de otros acontecimientos. Heilborn ofrece algunas nociones interesantes para pensar el concepto de juventud, entre las cuales aparece la idea de entenderla como un elenco de pequeñas y sucesivas experiencias de “primera vez” que moldean la socialización de la persona (Heilborn *et al.*, 2006: 42). La primera relación sexo-coital sigue apareciendo como uno de los mayores hitos en las trayectorias afectivas y sexuales, y son relatadas fundamentalmente por las mujeres, como momentos en donde aparece el conflicto entre las elecciones que toman y las sensaciones que esas elecciones les provocan.

Las adaptaciones del género en torno a la iniciación sexual repercuten en los hombres, además de en una asociación de su masculinidad a formas activas de relacionarse, en una constante vigilancia sobre sus gestos y comportamientos de manera que en ellos no recaigan dudas sobre su virilidad. En el caso de las mujeres, ellas deben saber administrar los avances masculinos, al tiempo que es valedero que estos avances existan, y conservar una reputación conforme a una moralidad dominante que no las considere demasiado expertas sexualmente, o al menos no más que los hombres (Heilborn *et al.*, 2006: 200-201). Teo, un joven del Instituto Muñoz decía:

Teo: A mí me pasó con un amigo que estuvo tipo hasta los 18 años que tuvo novia, no estuvo con nadie, ni un beso ni nada. Y ta, yo que sé, no le decía nada pero ta, estos temas no los puedes hablar, pero por él, no por vos. Porque él...

E: ¿Para no generarle como incomodidad?

Teo: Claro, porque se pone incómodo y te das cuenta que no quiere tocar esos temas. Aparte ponele ahora que tiene novia y estubo, y notás la diferencia, salado.

E: ¿Porque habla?

Teo: Claro, habla, opina. Antes hablábamos y él es el que estaba calladito ahí, sin decir nada. (Entrevista, 16/03/2016).

A pesar de las diferenciaciones y los contrastes que aparecen en relación con el género, la acumulación de experiencias sexuales aparece de un modo regular como un acumulado de eventos en la biografía que es deseable tener, en términos de futuras interacciones. Funciona como un prontuario que se sabe necesario, tanto para la interacción sexo-erótica en sí misma como para aquellos ámbitos interactivos entre pares en donde debe mostrarse un saber acumulado, que en el caso del género masculino es esperable que exista.

En relación con prácticas sexuales como la masturbación o el mirar pornografía, hay una clara variación entre ambos universos de jóvenes, fundamentalmente en el caso de las mujeres. En el caso de lxs jóvenes del Instituto Muñoz, al conversar sobre cualquiera de estas dos prácticas manifiestan que, si bien saben que hay un juicio social distinto si la protagoniza una mujer, asumen sin problema que eso es parte de su sexualidad, además de darle un valor en tanto práctica que contribuye al disfrute. Bruno y Gabriela decían lo siguiente:

Bruno: No, yo creo que nunca me dieron una charla de masturbación, ni mi madre me explicó ni me dijo nada, ni en el liceo yo qué sé, es algo natural, es conocer tu cuerpo, es darte placer a vos mismo.

Gabriela: Sí, en realidad creo que es re importante masturbarse y el contacto físico.

Bruno: Es importantísimo (sonríe).

Gabriela: Claro te estás descubriendo en realidad.

Bruno: Obvio. (Entrevista, 24/06/2016)

En las mujeres del Instituto Muñoz, en primera instancia mencionan no practicarlo, pero sí saben que es algo que sucede entre varones. En los varones, si bien no es negado, se mencionan con cierta vergüenza en algunos casos e indiferencia en otros. Sheila por ejemplo revela haber conversado con su amiga sobre pornografía, pero la referencia a dicha práctica no alude al disfrute en sí mismo, sino a realizarlo como modo de aprendizaje de la práctica sexual, en un sentido instrumental:

Sheila: Pero... eeeh, a los, no sé cómo explicarte, que cuando empezás a tener relaciones, no sabés ¿viste? Y una amiga me dijo a mí, "ponete a mirar video porno y ahí aprendés" (...) Pero yo no quiero aprender con un video, quiero aprender con un hombre en el momento, pero ta, debe haber algunas mujeres que deben mirar. (Entrevista, 15/08/2016).

En los relatos de algunas entrevistadas, el conflicto que les provoca, o la problematización reflexiva que hacen del acontecimiento, parece una clara muestra de lo que Heilborn *et al.* (2006: 211) señalan como la construcción social del

género femenino a través de la subsunción del sexo a la afectividad, en el que el acto sexual adquiere una perspectiva necesariamente relacional. El acto de tipo sexual es, al menos moralmente, definido con ciertas connotaciones negativas. Ya sea por la edad a la que se atraviesa, con quién se comparte la experiencia o qué consecuencias emocionales trae luego. El suceso es relatado como un evento en el que la falta de confianza, de comodidad o de un vínculo de mayor permanencia con el otro, no generan total conformidad. Jennifer decía:

E: Este, bueno, a ver ¿Y tuviste tu primera vez?

Jennifer: Sí, yo no me esperaba eso tan, a esa, a esa edad, pero bueno ta pasó

E: ¿Esperabas después, antes?

Jennifer: Después, más, pero bueno ta, se dio.

E: ¿Y fue con un novio o...?

Jennifer: Fue con un novio, fue raro, y ta, pero al primero que le avisé fue a mi padre, fui y le dije, la verdad porque ta, mi padre siempre, yo tuve una confianza (...) Después hasta este año no, no, no pasó nada porque corte me sentía yo mal, corte ¿qué había hecho? Me sentía yo rara. (...)

E: ¿Y te parece...qué te parece eso de tener relaciones con personas...?

Jennifer: No. Si no te conozco no porque, andá a saber qué tenés y no te conozco, no te conozco ¿Por qué tendría que hacerlo?

E: Y ¿O besarse o relaciones como más esporádicas?

Jennifer: Besarte capaz que puede que sí, pero si te conozco más de lo normal ¿Entendés? (Entrevista, 18/09/2015).

Sin embargo los motivos que la hacen atravesar la experiencia para muchas mujeres tienen que ver con traspasar ese momento de una vez por todas, y tomarlo como un modo de aprendizaje o entrenamiento de la práctica sexual. Sheila pone la situación en términos lo bastante pragmáticos como para ser señalada moralmente, y a sabiendas de esto (aunque sea de un modo inconsciente), se avergüenza de contarla:

E: Bueno, ¿cómo te parece que viven su primera relación sexual las mujeres, y los hombres?

Sheila: ¡La primera tendría que ser especial! ¡Hacerlo con la persona que vos querés! ¡Tooodo! Pero, ta, hay casos, como el mío, que no ¡Que no me pasó! Que yo no quería, pero igual, yo que sé, era un pibe profe, re lindo ¡Tremenda facha! Todo [silencio] y ta y lo hice con él, y después nunca más, estuve con él, fue lo peor que hice, y ta y después ta.

E: ¿Y por qué fue lo peor que hiciste?

Sheila: Y porque fue como, porque, eh [suspiro] él me dijo, yo le dije yo me quiero sacar ¡Ay! no quiero contarte esto.

E: Bueno, no me cuentes. Lo que no me quieras contar no me cuentes.

Sheila: Pero yo a él, yo no lo quería de novio ¿Sacás? Yo quería aprender con él, estar con él, tener como, pero no no quería novio, yo sí iba a los bailes y si querés tener algo no podés, y ta, y fue esa vez y no fue más, pero fue por circunstancias. (Entrevista, 15/08/2016).

En el caso de Victoria, una de las jóvenes del Instituto Muñoz, ella y sus amigas son partidarias de un pensamiento abierto en cuanto a la libertad sexual y a llevar a cabo los deseos propios más allá de los mandatos sociales. No obstante, en algunos momentos aparecen las tradicionales presiones hacia las mujeres en cuanto a la represión del deseo sexual. Victoria menciona lo siguiente sobre su negativa a tener relaciones con chicos que no conocía tanto:

Victoria: Tipo capaz que, quería ponerle, por mi deseo carnal por decirlo de alguna manera, pero era un: no, porque después anda a saber qué pasa, probablemente no me va a hablar nunca más en su vida, no sé qué. Obviamente yo sé que en algún momento voy a tener una relación así sexual, no sé qué y obviamente capaz dentro de 10 años no voy a ver más a ese loco nunca más en mi vida, pero quiero saber, quiero un bueno ta yo tuve una primera vez con una persona que tenía ganas de tener esa primera vez. (Entrevista, 16/08/2016).

El hecho de que las jóvenes decidan atravesar (o no hacerlo) el acontecimiento a pesar de sus narraciones algo disconformes al respecto, instala la pregunta sobre si el afecto o la permanencia de un vínculo son precisados por ellas como justificadores morales del atravesamiento del acto, o habilitador para la puesta en práctica, en el entendido de que lo discursivo y lo emocional no son lo suficientemente desligables. Pero también se observa, que la decisión de tener esa primera relación sexual, a pesar del choque entre los mandatos sociales, las pautas interpersonales y los deseos más individuales, se cristaliza en una capacidad de congeniarlos en aras de un proyecto personal, tomando la decisión de atravesar ese hito, o casi rito de iniciación, que es “la primera vez”.

Si bien hay claros cambios en relación a una postura más conservadora en la que la mujer debe atravesar esa experiencia en el marco de una relación monogámica estable, éstos no subvierten cierta tendencia tradicional sobre la posición que deben tener las mujeres en cuanto a poder desplegar con libertad su deseo sexual (Heilborn *et al.*, 2006: 224). Sin embargo, consideramos que hay una posibilidad de interpretar estos hechos como tácticas que las mujeres toman porque tienen claras las consecuencias estigmatizantes que conlleva desplegar abiertamente dichos deseos. Esta estigmatización no opera únicamente en términos de un señalamiento moral o un juicio negativo sobre su persona, sino que aparece posteriormente como una sensación emocional que no es deseable atravesar.

Es la capacidad de agenciamiento la que las lleva a tomar una decisión en función de lo que consideran conveniente para ellas. El “cuidado” y las señales de alerta que son parte de los discursos adultos más próximos, son puestos en práctica por ellas de modos particulares. Es imposible eludir los discursos de sus familias, relatados por ellas mismas, a la hora de aconsejarles la elección de una pareja sexo-afectiva. Hay comportamientos en relación al género que son transmitidos a las mujeres, de ambas instituciones, por parte de sus familias, de un modo más claro que a los varones, como señales de advertencia bajo una lógica del cuidado. La elección “pasiva” de una pareja es transmitida de maneras muy claras al mismo tiempo que se les aconseja sugerencias o modos de prevención de las consecuencias que puede tener el ser “activas” en la búsqueda de

un vínculo sexo-afectivo. En la transmisión del discurso familiar vinculado al género y a la moral sexual femenina hay fuertes coincidencias en ambos sectores de jóvenes. Esto repercute, algunas veces tomando la decisión de atravesar ese hito para acumular una práctica que saben que es valiosa - en la medida en que representa un umbral hacia otro tipo de experiencias -, otras veces resolviendo no hacerlo. En todos los casos aparece una toma de decisiones que afecta su sociabilidad en la medida en que entendemos que las mujeres se encuentran en un proceso de “modernización de sus guiones sexuales” (Heilborn *et al.*, 2006: 260).

Una elección que es varias a la vez: el lugar del noviazgo

En su análisis sobre los discursos de la clase obrera estadounidense en referencia al sexo y la clase, Sherry Ortner menciona la división identitaria interna que aparece: “los respetables frente a los indeseables” (Ortner, 2016: 43). Y al igual que es señalado por la autora, la clase como “estilo de vida” se superpone con los discursos y las prácticas de género y de sexualidad, acarreado el hecho de que “toda elección sexual también es, simbólicamente, para bien o para mal, una elección de clase” (Ortner, 2016: 43). Puede verse algo similar en las trayectorias de lxs jóvenes del Instituto Ibáñez. Sobre su primera relación de noviazgo, Sheila menciona:

Sheila: Tampoco me gustaba estar con él porque cuando yo estaba con él, se hacía el que peleaba, me contaba historias de que peleaba, de que se paraba de mano, de que era malo, pero siempre, humilde y todo ¿no? y ta, ¡Ah! Y también, empezó a trabajar y dejó de ir a trabajar, dejó el trabajo, que había conseguido hacía un mes, por irse de vacaciones con el amigo.

E: Y ¿A dónde fue de vacaciones?

Sheila: ¡Ah, yo que sé! A una playa, que hacen una fiesta no sé cuántos días ahí (...) se fue en camioneta, allá, y no avisó en el trabajo, y ta y perdió el trabajo.

E: Y ¿Cuántos años tenía?

Sheila: 21, un pelotudo, y yo tenía 15.¹⁵ (Entrevista, 15/08/2016).

Conversando sobre qué les atrajo o las “enamoro” de sus actuales parejas, Dahiana y Grisél decían:

Dahiana: La personalidad me gusta porque es... es distinto a los demás.

Grisél: Claro, no es que se hacía el...

Dahiana: Porque es medio canario, es medio canario, es de afuera, él era de afuera, era de afuera pero se mudó para ese barrio, le gustan lo, no es como lo otros que les gusta robar, no, le gustan los caballos, lo, lo, dale todo que sea caballo, todo monte, dale todo eso, le da un campo y un barrio y se quedan en el campo.

E: O sea que no... ¿No serían como los que se cruzan todos los días?

15 “Pararse de manos” significa pelearse a los golpes con alguien.

Dahiana: ¡¿Pa qué vas a andar con un cuatrero de estos?! Un cuatrerito...

E: ¿Qué te hacen?

Grisel: ¡Con un cuatrero de esto! ¡¿Que podé aprender?! ¿A robar?¹⁶

(Entrevista, 22/04/2016).

La elección de una pareja sexo-afectiva es hecha en función de una decisión propia sobre la base de un escenario de posibilidades concreto que ellas conocen y saben que existe. Las jóvenes incurren en una práctica que si bien tiene un significado social y se distancia de otras prácticas que no eligen, no tiene una propiedad intrínseca en sí misma (Waquant, 2000 en Skeggs, 2004: 28) en tanto elección de una persona con quien compartir un vínculo. Más bien lo que interesa es cómo se conceptualiza esa práctica de elección mediante las relaciones con los demás (Skeggs, 2004: 28); cómo es justificada y explicada, y el sentido que se le otorga en el orden social establecido. Ellas la conceptualizan como algo que desean elegir para ellas mismas en función de una tranquilidad y un bienestar emocional.

En el caso de Jonathan, por ser el varón es él quien se ve a sí mismo plegado a un vínculo que le trae como consecuencia una serie de actitudes propias, distintas a las que venía desarrollando:

Jonathan: Sí, fue la única con la que anduve acá y llevamos ocho meses, imagínese.

E: ¿Qué? ¿Es como un sacrificio? Ocho meses con una sola mujer.

Jonathan: Ocho meses, yo llevaba cuatro años sin hacer nada, yo hace cuanto que no encaraba una relación en serio, yo no hacía nada, fumaba porro todo el día, me levantaba a las tres de la tarde, me iba a la esquina, ahí sí.

E: ¿Sí estabas con otras mujeres?

Jonathan: Tabá sí, pero nunca, nunca llegué a tener una relación estable por mí, por mis actitudes ¿Qué piba iba a querer andar con un pibe que taba todo el día acostado, se levantaba a las tres de la tarde y vivía fumando porro? Ahora, mirá antes fumaba cigarro, me fumaba dos cajas por día, ahora ni fumo, no me interesa.¹⁷ (Entrevista, 03/10/2016).

En el discurso de Jonathan esto no aparece como una búsqueda propia, al margen de que sí lo sea, en la medida en que es un modo de agenciamiento. En él la "actividad" estaba puesta en lo que, siguiendo a Gans (2015, en: Ortner, 2016: 42), implica una "búsqueda de acción". Fumar marihuana, estar en la esquina con los amigos o estar todo el día acostado, si bien son actividades que Jonathan relata como "no hacer nada", en efecto son *hacer* algo. El trabajo es una cualidad central que caracteriza a la *hombria*, y en este caso funciona como un

16 Canario es el gentilicio con el que se denomina a las personas oriundas del departamento de Canelones en Uruguay. Pero usualmente las personas de Montevideo utilizan el gentilicio para denominar a cualquier habitante del interior del país. También existe la expresión "ser de afuera" para referirse a habitantes del interior del país o de zonas rurales. Hay una tendencia en el sentido común a caracterizar a las personas del interior del país como más tranquilas y trabajadoras que las de la capital.

17 Con "porro" se refiere a cigarrillos de marihuana.

umbral entre el varón niño y el varón adulto (Fuller, 2002: 309-313). No tener un ingreso supone una muerte social que conduce al varón a la dependencia (asociada a lo femenino). No trabajar es estar vacío o no ser nadie, de allí que “la haraganería se asocie con el caos y la marginalidad” (Fuller, 2002: 309). En Jonathan, nuevamente el asunto es cómo esa práctica está conceptualizada por él en su relación con los demás. A partir del vínculo de noviazgo estable comienza a incurrir en prácticas *moralmente* distintas, al margen de que le sean adjudicadas a su novia, o al vínculo, como movilizador de dichas prácticas. Para él adquieren sentido en función de una moral y una práctica de sí (Foucault, 2011: 31-32), que además de plegarse a ciertas normas y valores socialmente aceptables, implican una determinada relación consigo mismo y una constitución propia como “sujeto moral”, en la que la persona actúa sobre sí misma, se intenta conocer, controlar, se perfecciona y se transforma.

El hecho de que aparezcan con mayor frecuencia las preocupaciones o el interés por los proyectos laborales en desmedro de trayectorias delictivas o de consumo de sustancias en lxs jóvenes del Instituto Ibáñez, nos habla de las prácticas y los significados que circulan en sus entornos; y qué distancia lxs jóvenes intentar establecer en relación a ellos, puntualmente en sus trayectorias sexo-afectivas.

En lxs jóvenes de este grupo, las trayectorias laborales son más tempranas, y si bien tiene que ver con lo que es más común en sus contextos, no dejan de aparecer en función de las necesidades socioeconómicas concretas. En el caso de Jonathan el estudio, la novia y la disminución en el consumo llegaron de la mano, y de algún modo se asociaban a incurrir en un comportamiento responsable frente a ella y a la familia de la chica. Aquí también deben tenerse en cuenta los aspectos de género, en los que muchas veces la mujer aparece como una “válvula de ajuste” del comportamiento masculino, regulando, controlando y cuidando al varón, y generando “presiones” para que adquiera una conducta más responsable.

Varios meses después, volvimos a conversar con Jonathan y se había separado de su novia. Hizo referencias constantes al consumo de marihuana y mencionó que había conseguido un trabajo nocturno. Expresaba que le sería difícil sostener la asistencia al centro de estudio y las horas de trabajo, por lo que priorizaría lo laboral.

La pareja “estable” se asocia con la puesta en práctica de un cuidado de sí y de un conjunto de valores morales que es deseado pero no siempre alcanzado. En los sectores populares los estudios son vistos por las personas, al igual que en otros sectores, como condición indispensable para conseguir sus sueños (Fuller, 2002: 341). Sin embargo, la carencia y la inestabilidad económica que caracteriza sus entornos conspira contra estas aspiraciones truncando estas ambiciones. En este sentido Fuller menciona: “De este modo, los estudios actúan como un vehículo de valores democráticos pero también como un eficiente dispositivo de exclusión tanto a nivel práctico como simbólico” (Fuller, 2002: 341).

Como lo establece Beverly Skeggs (2004: 27) la agencia también es producida a través de la dominación. Lo central es poder entender que hay una relación dinámica entre las prácticas de las personas reales y las estructuras sociales, históricas y culturales (Ortner, 2016: 155). Sin embargo, puede entenderse

a la agencia no solo como organizada en torno al eje dominación y resistencia, sino también como una de las acepciones que le da Ortner (2016: 168) en tanto persecución de proyectos, definida por una lógica local de lo bueno y deseable y la forma de conseguirlo. Es justamente este tipo de agencia, la de los proyectos, la que muchas veces se interrumpe o se le niega a los subordinados, y al mismo tiempo la que ellos desean cobijar y proteger (Ortner, 2016: 167).

Como ya ha señalado Fonseca (2005: 122-133) algunos abordajes antropológicos que examinan a las clases populares tienen un análisis reificante y salvacionista que no logra observar la complejidad de las relaciones de poder y las sensibilidades en juego de lxs sujetxs. Como afirma la autora, existe una tendencia generalizada a “negar cualquier positividad al modo de vida de la población económicamente inferior y políticamente débil” (Fonseca, 2005: 121). Es necesario incluir las experiencias concretas de las vidas de las personas, teniendo en cuenta que en ellas la segregación socioeconómica es capaz de dictar gustos y estilos de vida particulares, mostrando las diferencias sin reificarlas (Fonseca, 2005: 122-133).

Los proyectos de vida, y el “estilo” que se juega en ellos, hace de las elecciones afectivo-sexuales parte importante del autocuidado y la práctica de sí (Foucault, 2011: 31-32), que habla no solamente del modo en que los sujetos negocian a través de la agencia con sus redes de relaciones, sino de los juegos culturales en los que se desempeñan y las bases ideológicas que los sostienen (Ortner, 2016: 175). En este sentido, en este sector, el sistema monógamo heterosexual continúa a la vanguardia dentro de un sistema de jerarquías morales.

Las experiencias hedonistas como capital social y político

Algunas de las trayectorias de lxs jóvenes del Instituto Muñoz dan cuenta de que los discursos sobre sexualidad están atravesados por reflexiones que priorizan una sensibilidad y una intención de que el vínculo se vea influido por la confianza, el diálogo y los intereses en común, y para ello aparece una necesidad de introspección personal de lxs sujetos. Los discursos de lxs jóvenes de este sector tienen una gran tendencia a darle un lugar primordial a la reflexión de *cómo* se transita una experiencia. El bienestar personal, el goce del otrx, el disfrute, el respeto, el placer, la comunicación, el descubrimiento, son todos elementos que parecen estar al servicio de, nuevamente, una moral y una práctica de sí, pero que en este caso está orientada a una disposición y producción de clase distinta a la de los discursos de lxs jóvenes del otro Instituto. Juan decía lo siguiente:

E: Si estás conociendo a alguien, ¿qué lugar tiene el sexo en esa relación?

Juan: Y yo opino que, que está bien, y es importante decir qué te gusta a ti, y al mismo tiempo decir qué te gusta a ti, aceptar qué le gusta a la otra persona. Y la relación sexual, obviamente que lo que te pidan no sea algo tan, tan horrible, pero si tenés alguna especie de tabú relacionado con el tema te puede jorobar, qué sé yo. Hay que estar abierto también a complacer al otro, en la medida de lo posible, ¿no? Si sentís que es denigrante hablalo con tu pareja, y si está de acuerdo, está de acuerdo y ta. (Entrevista, 23/06/2016).

En términos de Simon y Gagnon (1986: 100), el deseo no tiene que ver con algo o alguien, sino con la experiencia que produce ese algo o alguien. Y por eso: “el deseo no es reductible a un apetito, un impulso, un instinto: no crea el yo, más bien es parte del proceso de creación del yo” (Simon y Gagnon, 1986: 100).¹⁸

Hay un interés en problematizar los vínculos, que en algunos casos está atravesado por la militancia de estxs jóvenes. Al ser consultadxs sobre sus pareceres tienen la necesidad de cuestionar lo establecido:

Sofía: Dentro de mi deconstrucción como que la sexualidad fue lo menos, me parece... como que ta, me falta vivirla más. (...) creo que también es por todo el miedo como que con la educación sobre sexualidad vinieron todos los miedos de la mano (...) y tenés que ir deshaciéndote de eso y cuesta un poco, no? porque está la vocecita de los miedos atrás (...) Cuando vos vivís tu sexualidad hasta ese nivel por decirlo de una manera, es como que a la mente la dejás un poco de lado y como que la gente le tiene miedo a lo que escapa de la mente y en realidad se enreda más con el cuerpo, con otras cosas, otras sensibilidades, y es como la muerte, para mí lo enganchan con lo racional, y lo irracional como algo malo, y algo que da miedo, y algo por lo que sos condenado (...) Y eso también se transfiere a cómo nos manejamos con los demás, como esa necesidad de siempre ejercer control con las personas, y también con la persona con que te estás relacionando. Entonces llega un punto que con tanta intimidad vos perdés el control, no está bueno que lo ejerzas (...). O también sentirse obligada a cumplir con modelos que son prefabricados sobre lo que es tener una relación, en todo ámbito, hasta en el sexo. (Entrevista, 23/06/2016).

Este rupturismo que lxs jóvenes establecen con ciertos sentidos comunes que se forjan como certezas que ellxs desean desterrar, tiene un funcionamiento más visiblemente vinculado al guion cultural de la sexualidad (Gagnon y Simon, 1973 y Simon y Gagnon, 1986: 20-23 y 98), aquel que actúa en el orden de las prescripciones colectivas que anuncian lo posible y lo no posible en materia sexual. Sin embargo, un punto clave en la teoría de los guiones sexuales que proponen Simon y Gagnon (Gagnon y Simon, 1973 y Simon y Gagnon, 1986: 20-23 y 98) y Gagnon (2006: 114) es el hecho de que cada dimensión de esos guiones (el plano subjetivo, las interacciones sociales y las prescripciones culturales más generales), repercute en la otra en términos de la plasticidad que compone cada una de ellas. Por eso, las prácticas que tienen que ver con la experimentación y la acumulación de eventos en la biografía personal, están íntimamente vinculadas al valor que dichos hitos tienen en el entorno más próximo. La acumulación de experiencias brinda un andamiaje subjetivo, reflexivo y posicional que repercute en las interacciones sociales en función de valoraciones que adquieren distinción. Y esta distinción está íntimamente asociada a un contexto en donde la militancia social es un horizonte común de sentido.

18 Traducción propia de la autora.

Varias de las actividades que estxs estudiantes intentaban instaurar en la institución tenían que ver con su militancia con respecto a la diversidad sexual y de género, fundamentalmente llevadas adelante desde el centro estudiantil. Una “jornada de polleras” fue organizada por lxs estudiantes con el objetivo de manifestarse en contra de los códigos de vestimenta en los liceos. Varones y mujeres estaban vestidos con polleras en las escalinatas de la institución; fue una actividad que circuló por varios portales de noticias. Al tiempo que realizábamos el trabajo de campo, algunxs estudiantes estaban juntando firmas y teniendo instancias de diálogo con la directora de la institución para inaugurar baños “género-neutrales”. Las autoridades no aceptaban del todo esta iniciativa, aunque eran abiertos al diálogo con el estudiantado, en comparación a otras instituciones.

En el campo de lo afectivo y lo sexual de estxs jóvenes, se juegan autorizaciones, aprobaciones y distinciones que trabajan para forjar una trayectoria que apela a un confort personal, pero que desea fundarse como colectiva y como disposición de lo que sería bueno que suceda. En los discursos de sexualidad de estxs jóvenes hay una búsqueda reflexiva más hedonista que concibe al atravesamiento por experiencias rupturistas, como algo valioso en sí, y que a su vez colabora con el entendimiento en torno a dicha experiencia. Las experiencias atravesadas son hondamente reflexionadas y discutidas de modos que repercuten en un sentido común característico de sus contextos, en donde el rupturismo y el cuestionamiento político es un horizonte de sentido cotidiano. De esta manera la experimentación sexual personal es algo habilitado desde lo discursivo:

Todas tenían 16 años. Son estudiantes de bachillerato y cursan la orientación artística. Macarena cuenta que es bisexual y menciona que lo descubrió el año pasado cuando tenía 15. Para comprobar si ese deseo que tenía por las mujeres era verdadero tuvo que serle infiel a su pareja estable en ese momento que era un varón, con quien hasta hoy hay un “ida y vuelta” y no todo está cerrado. Al conversar sobre infidelidad surgió el tema, porque ella manifestó que usualmente no es infiel pero que en aquella situación se vio a ella misma frente a la posibilidad de hacerlo, porque era algo interno que debía confirmar: el deseo por las mujeres. (Extracto del diario de campo. 14/6/2016)

El orden interpersonal del guión sexual (Gagnon y Simon, 1973 y Simon y Gagnon, 1986: 19-20 y 98) aparece en este contexto en el hecho de rodearse socialmente de personas con cierto prestigio o valor social que asumen desde cierto lugar una apertura concreta en asuntos sobre sexualidad (Fuller, 2002: 119). En el caso de Juan, sus padres son artistas y se dedican a la poesía erótica, además de estar vinculados al ámbito de la pintura, también erótica. Esto era algo que Juan destacaba como aspecto particular en su socialización más temprana:

Juan: El tema es que mi madre es poeta erótica, entonces yo desde muy pequeño estoy bombardeado por imágenes y conceptos relacionados con el erotismo, el sexo, el cuerpo desnudo. (Entrevista, 23/06/2016).

Esto conduce a una clara apertura contextual, que al menos a nivel declarativo, se presenta como parte de un ámbito en el que la liberación sexual es una fuente de capital simbólico.

En lxs jóvenes del Instituto Muñoz la búsqueda más hedonista de las experiencias, atravesadas por la disidencia y la militancia estudiantil, se transforma en una trayectoria modélica en estos contextos. Esto no significa que en efecto haya un mayor disfrute de la sexualidad en ellxs, pero sí que en los discursos la sexualidad es representada como una herramienta al servicio de una sensibilidad integral del sujeto.

La sexualidad, como dispositivo de control (Foucault, 2007: 188-190), desea ser llevada, por estxs jóvenes, hacia su dimensión más emancipadora. Por eso, en tanto y en cuanto práctica de placer, es ponderada, desde un capital social y político, como una experiencia fuertemente hedonista. Aparece la idea de que las posturas ideológicas sobre la sexualidad definen quiénes somos; una especie de hermenéutica sexual a partir de la cual se hace legible el tipo de persona que se es.

La sexualidad es comprendida –en un contexto de época en donde la militancia está atravesada por el tema– como una esfera importante de la vida de las personas en la que se debe ganar mayor autonomía. Estxs jóvenes entrevistados hablaban muy abiertamente de la “diversidad sexual”. Este comportamiento coincide con lo que Fuller (2002: 119) señala para los varones de sectores medios en el Perú, quienes presentaban una mayor apertura a la homosexualidad en relación a los varones de sectores populares.

Esto nos obliga a preguntarnos sobre la relación entre la clase social y la mayor apertura hacia la diversidad sexual. Los discursos sobre la liberación sexual han penetrado en los últimos años fuertemente, no solo en los medios de comunicación, sino en las políticas públicas y en la vida social en general, a partir de diversas movilizaciones sobre reivindicación de derechos. Un distanciamiento o no reconocimiento de este fenómeno en algunos sectores puede asociarse a una falta de refinamiento intelectual en un contexto en donde la intelectualidad y la lucha política es altamente priorizada. Como también lo establece Fuller (2002: 119) para el caso de Perú, en este contexto asumir una actitud crítica frente a ciertos conservadurismos es una forma de distinción en sí misma porque coloca a la persona en posiciones de avanzada.

Conclusiones

En el presente análisis realizado sobre las trayectorias afectivas y sexuales de lxs jóvenes, lo realmente primordial desde una perspectiva cultural es cómo estxs sujetos significan sus propias trayectorias, en qué contextos lo hacen, qué fronteras sociales están poniendo en juego, y qué normas están intentando establecer o reconfigurar al hacerlo. Esto trasluce, problematiza y amplía las categorías con las que se ha hecho foco en sus mundos sociales: el género, la clase social y la sexualidad.

Sus discursos y performances son comprendidos como argumentos que dan sentido a sus formas de relacionamiento, pues nunca están disociados por completo de sus formas de sentir. Al respecto Ortner señala: “El desplazamiento de los significados de clase al lenguaje de género y la sexualidad puede tener un

lugar en el plano discursivo, pero el discurso, como afirma Foucault, nunca está divorciado de las prácticas y las emociones reales” (Ortner, 2016: 56).

A través del estudio de las trayectorias de estxs jóvenes, puede observarse que la sexualidad desborda lo puramente sexual. Cuando se habla sobre sexualidad, se expresan experiencias y significados que son afectivos y morales, y que tiene que ver con aspiraciones y rechazos que, como se propone, están vinculados a posicionamientos de clase. A partir de las ideas de *guion* y de *performance*, puede verse que los significados circulantes sobre sexualidad, género y clase van siendo construidos a medida que estxs jóvenes transitan sus experiencias, y no son definitivamente, signos que expresan una determinación subyacente.

El análisis de la cultura ha sido clave para estudiar las relaciones de poder y cómo operan sus significados en diversos contextos. Es por eso que el énfasis en lo cultural ha reaccionado en contraposición a visiones esencialistas de lo humano. No obstante, Semán y Grimson advierten sobre que este hecho devenga en ocasiones en una “culturización de las ciencias sociales” (Grimson y Semán, 2005: 7). Aquellas corrientes teóricas en las que la cultura adquiere un “papel expresivo” (Grimson y Semán, 2005: 7) entran en contraposición con lo que la noción gramsciana de hegemonía intentó imponer: la superación del esquema en el que la infraestructura determinaba a una superestructura que la expresaba.

Algo similar ha sucedido en los estudios sociales de sexualidad. La teoría de la influencia cultural descrita por Carole Vance (1997: 111-112) asume que la humanidad posee una naturaleza común, y que la cultura moldea la sexualidad humana concretando una diversidad de prácticas y significados, pero siempre sobre ese núcleo duro común. En todo caso, los análisis más tradicionales sobre el sexo y la sexualidad han transitado constantemente entre modelos que acentúan los instintos, o las limitaciones impuestas por ellos (Rubin, 1989: 16). Las experiencias de estxs jóvenes muestran que la socialización de la sexualidad actúa a través de un entramado –en el sentido geertziano– de significados y sentidos complejos que están en constante transformación; trascendiendo ese entendimiento de la cultura como algo expresivo de un trasfondo.

Por eso, Bozon (2004: 15) señala que un estudio cultural de la sexualidad tiene entonces el cometido de ser un estudio de las representaciones de la sexualidad, por lo que, pensar en un abordaje “no-naturalista” cuestiona su representación como una pulsión, y resitúa a la sexualidad como una esfera dependiente de procesos sociales que la construyen.

En este sentido, el autor señala que en todas las culturas la iniciación sexual aparece como una actividad que signa de algún modo el estatuto de la edad adulta, y que es una etapa marcante para la construcción social de lo femenino y lo masculino (Bozon, 2004: 27).

Al respecto Rubin (1989: 54) ha propuesto que las subalternidades sexuales producidas por los pánicos morales que circulan a nivel social, pueden diferenciarse de manera estricta de las subalternidades de género. Sin embargo la autora reconoce que: “El género afecta al funcionamiento del sistema sexual, y éste ha poseído siempre manifestaciones de género específicas” (Rubin, 1989: 54). A pesar que en relación al género femenino se ven claros avances vinculados a un

mayor agenciamiento, que rompe con esquemas establecidos y estereotipados, la vivencia de las mujeres sigue estando ineludiblemente trazada por señalamientos morales en relación a sus comportamientos sexuales.

En lxs jóvenes de sectores medios y medios altos y con trayectorias de mayor capital social y político, las distinciones morales pasan por un sentido de militancia política que, en la actualidad, problematiza el modo en que los grandes marcos discursivos calan en las subjetividades. Y, en parte, es a partir de la reflexividad sobre las propias subjetividades, y el rupturismo con ciertas prácticas a consecuencia de ello, lo que permite que la militancia sobre la diversidad sexual adquiera sentido como guión cultural de la sexualidad (Gagnon y Simon, 1973 y Simon y Gagnon, 1986: 20-22 y 98) en estos contextos.

Sin embargo, para lxs jóvenes de sectores populares, en lo afectivo-sexual se cuele la necesidad de distinguirse moralmente de trayectorias que conducen a “estilos de vida inadecuados” que se desean evitar. Si bien ciertas prácticas tildadas de inconvenientes (no estudiar, no trabajar formalmente, consumir drogas, salir a bailar, etc.) son comunes en sus entornos, son significadas como contribuyentes a entorpecer los proyectos deseados. En este sentido, el proyecto monógamo heterosexual y procreador que Rubin (1989: 21) posiciona en la pirámide de las jerarquías morales sexuales, aporta distinción moral en este universo. La normalidad heterosexual es siempre supuesta de antemano colocando en posiciones moralmente superiores a quienes la performan, y se constituye por lo tanto, en una plataforma de base para otras formas de jerarquía social (Blázquez, 2012: 64), como la clase.

En la clase, al igual que en la sexualidad, las fronteras entre lo aceptable y lo rechazado, tienen fuertes jerarquías morales. Los comportamientos adecuados y las pugnas por formas de ser, siempre dejan fuera a otras maneras de actuar, y de esta forma los márgenes son constitutivos de ese contenido deseable. ¿Por qué motivos en estxs jóvenes de clases bajas hay mayor conservadurismo en relación a la diversidad sexual? ¿Qué formas de ser están queriendo dejar fuera de las suyas? y ¿Por qué razones para lxs jóvenes de clases medias y con fuerte capital social y político, los vínculos pasan por un cuestionamiento constante? Un punto central pareciera ser el de las elaboraciones morales al servicio de la producción de la clase social, en donde la vida sexual y afectiva es una plataforma que genera distinción.

A su vez, esto plantea el desafío epistemológico al que Abu-Loghod (2012: 135) se refiere con escribir contra la cultura: intentar comprender los sentidos que lxs sujetos le dan a sus elaboraciones simbólicas, sin encerrarlos en ellas, y entender dichas elaboraciones como sujetas a entidades históricas y políticas mayores. Pero ¿cómo pensar a las clases sociales sin etnologizarlas, y al mismo tiempo no caer en el peligro de invisibilizar las condiciones de marginación o privilegios a las que se ven sometidas? Se sugiere que las fronteras que las producen son, como en cualquier relación de poder, morales. Al igual que sucede con la sexualidad y con el género, aparecen compartimentos estancos sobre lo que está bien y lo que está mal.

Es comprensible observar en las representaciones científicas sobre la sexualidad una subestimación de los elementos no sexuales que interfieren en las

prácticas específicamente sexuales. Por sus modos y tipos de descubrimientos, la investigación de la conducta sexual ha influenciado hasta las formas menos académicas de la vida sexual de la sociedad, y es en sí misma un tipo de conducta sexual (Gagnon, 2006: 70). En este sentido es necesario entender que el sujeto es producido por las teorías sexuales de la época.

La propuesta de observar los discursos sobre sexualidad a través del lente de la clase social y el género, colabora para comprender que la vida sexual de las personas es gestada en la socialización, a partir de una serie de performances que incluyen diversas producciones de sentido. Es necesario captar la realidad vivida de los sujetos para lograr la comprensión de que son las relaciones de poder en ese proceso de socialización, las que provocan la necesidad de distinción que los sujetos ponen en marcha para la constitución de su identidad.

Referencias bibliográficas

Abu-Lughod, Lila (2012). “Escribir contra la cultura”, *Andamios Revista de Investigación Social*, vol. 9, núm. 19 pp. 129-157.

Adamovsky, Ezequiel (2007). “Historia y lucha de clase: repensando el antagonismo social en la interpretación del pasado (y de vuelta sobre un debate ausente en la historiografía argentina)”, *Nuevo Topo* (Argentina) 4, pp. 7-33.

Amuchástegui, Ana (2001). “Virginidad e iniciación sexual en México: experiencias y significados”, *Edamex, Population Council*. pp. 131-151.

Bianciotti, María Celeste y Ortecho, Mariana (2013). “La noción de *performance* y su potencialidad epistemológica en el hacer científico social contemporáneo”, *Tabula Rasa*. No.19, pp. 119-137.

Blázquez, Gustavo (2012) ¡Bailaló! Género, raza y erotismo en el Cuarteto Cordobés. Trabajo de Tesis Doctoral por el Programa de Pós-Graduação em Antropologia Social. Museu Nacional. Universidad Federal de Rio de Janeiro.

Bozon, Michel (2004). *Sociologia da sexualidade*. Rio de Janeiro, Editora FGV.

Bozon, Michel y Giami, Alain (1999). *Los guiones sexuales y la configuración del deseo*, documento electrónico: <https://es.scribd.com/document/308295406/Los-Guiones-Sexuales-o-La-Configuracion-Del-Deseo-John-Gagnon-Bozon-y-Giami>, acceso 15 de Enero 2019

Douglas, Mary (1998) *Estilos de pensar. Ensayos críticos sobre el buen gusto*. Gedisa, Barcelona.

Fonseca, Claudia (2005) “La clase social y su recusación etnográfica”, *Etnografías Contemporáneas* 1 (1) pp. 117-138.

Foucault, Michel (2007) [1976]. *Historia de la sexualidad. La voluntad del saber*. México D. F, Siglo XXI Editores.

Foucault, Michel (2011) [1984]. *Historia de la sexualidad. El uso de los placeres*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores.

Fuller, Norma (2002). *Masculinidades. Cambios y permanencias*. Perú, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Gagnon, John. H. & Simon, William. (1973). *Sexual conduct. The social sources of human sexuality*. Chicago, United States: Aldine Publishing Company.

Gagnon, John. H. (2006). *Uma interpretação do desejo. Ensaio sobre o estudo da sexualidade*. Rio de Janeiro, Garamond.

Grimberg, Mabel (2002). "Iniciación sexual, prácticas sexuales y prevención al VIH/Sida en jóvenes de sectores populares: un análisis antropológico del género", *Horizontes Antropológicos*, año 8, n. 17, pp. 47-75.

Grimson, Alejandro y Semán, Pablo (2005). "Presentación: la cuestión cultura", *Etnografías Contemporáneas*, 11, pp. 1-12.

Heilborn, Maria; Aquino, Estela; Bozon, Michel y Knauth, Daniela [Orgs.] (2006). *O aprendizado da sexualidade: reprodução e trajetórias sociais de jovens brasileiros*. Río de Janeiro, Garamond.

Jones, Daniel (2010). "La primera relación sexual: papeles, escenas y secuencias", *cuadernos pagu*. 35, pp: 211-239.

Margulis, Mario y Urresti, Marcelo (2008). "La juventud es más que una palabra", en: Margulis, Mario (ed.). *La juventud es más que una palabra: ensayos sobre cultura y juventud*. Buenos Aires, Biblos.

Míguez, Daniel y Semán, Pablo (2006). "Diversidad y recurrencia en las culturas populares actuales" en: Míguez, Daniel y Semán, Pablo (ed.) *Entre Santos Cumbias y Piquetes. Las culturas populares en la Argentina reciente*. Biblos, Buenos Aires, pp. 11-32

Noel, Gabriel (2013). *Estudios sociales en Moralidades. Entrevista*, documento electrónico: <https://www.youtube.com/watch?v=ONFvg8zGykU>, acceso 28 de agosto de 2019

Ortner, Sherry. B. (2016) [2006]. *Antropología y teoría social. Cultura, poder y agencia*. Buenos Aires, Argentina: UNSAM Edita.

Pecheny, Mario (2010) "Prólogo", en: Jones, Daniel: *Sexualidades adolescentes. Amor, placer y control en la Argentina contemporánea*. pp. 11-13. Buenos Aires, Clacso.

Rubin, Gayle (1989). "Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad", en: Vance, Carole. (comp.): *Placer y peligro: explorando la sexualidad femenina*. Madrid. Revolución. Documento electrónico: <https://museo-etnografico.com/pdf/puntodefuga/150121gaylerubin.pdf>, acceso: 15 de marzo de 2018

Simon, William & Gagnon, John. H. (1986) "Sexual Scripts: Permanence and Change", *Archives of Sexual Behavior*, Vol. 15, n° 2, pp. 97-120.

Skeggs, Beverly (2002) [1997]. *Formations of class and gender. Becoming Respectable*. London, SAGE.

Skeggs, Beverly (2004). "Introducing Pierre Bourdieu's analysis of class, gender and sexuality", *Sociological Review Monograph Series: Feminism After Bourdieu*, Volume 52, pp. 19-33.

Thompson, Edward. P. (2002) [1963]. "Prefacio". *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, documento electrónico: https://perio.unlp.edu.ar/catedras/system/files/thompson._prefacio._la_formacion_de_la_clase_obrera_en_ingles.pdf, acceso 22 de octubre de 2018

Vance, Carol (1997). "La antropología redescubre la sexualidad: un comentario teórico", *Estudios Demográficos y Urbanos*, Vol. 12, No. 1/2 (34/35) pp. 101-128.

Weeks, Jeffrey (2000). "O corpo e a sexualidade" en: Guacira Lopes Louro (org.): *O corpo educado. Pedagogias da sexualidade*. (s.p). Belo Horizonte, Autentica.